

LOS AZAHARES DE JUANITA

Autor: JOSÉ S. ÁLVAREZ (FRAY MOCHO)

Mirar los blancos azahares con que se coronan las novias en tren de matrimonio y sentir una carcajada cosquilleante en la garganta, es todo uno.

Y esto me sucede, no porque sea un cotorrón canalla y descreído, sino porque me acuerdo de Juanita la hija de nuestra vecina doña Antonia, que se casó con mi tío Juan Alberto.

¡Qué impresión sentí cuando la vi coronada de blancas flores de naranjo, emblema de la pureza, a aquella pícara y graciosa muchacha con quien había trincado tanto en el jardín de mi casa!

Vino a mi mente, con toda claridad, la tarde aquella en que por vez primera nos dimos un beso, que fue el incubador de los millones en germen que Juanita escondía en las extremidades de su boquita rosada. Según costumbre, Juanita y yo –dos muchachos de trece años- habíamos ido al jardín en busca de violetas, durante una templada tarde de agosto.

Allí, sentados a la sombra de los grandes árboles, escudriñábamos entre las hojas verdes, buscando las pequeñas flores fragantes.

Examinábamos la misma mata y de repente nuestras manos se encontraron sobre el tallo de una gran violeta nacida al reparo de una piedra, que yo me apresuré a cortar.

-¡Qué linda...-dijo ella, -dámela!

-¡No!...es para mi ramo!

-¡Dámela, me repitió, pero esta vez con un tono tal, que me obligó a mirarla a la cara...¡no seas malo!

Y sus ojos negros fijándose en los míos me hicieron experimentar algo de que aún no me doy cuenta.

-¿No me la das?...-volvió a preguntarme.

Y como yo al mirarla me sonriera, se rió ella, mostrándome sus pequeños dientes blancos, mientras exclamaba con un tono de reproche...¡Malo!

-Y si te la doy, ¿qué me das a mí? –le pregunté mirándola fijamente.

-Dámela -volvió a decirme, queriendo arrebatarme la codiciada flor y sin responder a mi pregunta.

-Bueno...¿qué me das?

-¡Si no tengo nada que dartel!

Y se puso encendida.

-¡Dame un beso!...¿Quieres?

-¡Gran cosa!...¿Y me das la violeta esa?

-¡Sí...! ¡No!...¡Dame dos besos y te la doy!

-No...no quiero...¡nos van a ver!

-¡No nos ven...nos vamos allá...a la glorieta! Y me acuerdo que sin saber cómo, me encontré teniendo una de sus manecitas lindas entre las mías.

-No...no...

-¡Vamos...te la doy!

Y al decirle esto la tomé por la cintura para hacerla levantarse.

Se puso de pie y como yo le hubiera hecho cosquillas, se reía.

Riéndose me siguió.

Nos sentamos en un banco perdido entre el follaje, uno al lado del otro.

-Bueno...dame la violeta primero –me dijo.

-¡Qué esperanza!...Primero los besos...

No...no...me voy a hacer trampa

